

INFANTA. (*Rezando.*)

Oh, Eterno Rey soberano,
que padeciste pasión
por todo el género humano,
da favor a este cristiano
con que mate a este dragón.

(*El infante juega con el perro hasta que le
acuesta. Pone sobre él la lanza.*)

SAN JORGE.

Sea tu nombre loado,
gran Dios, pues lo has permitido,
porque cierto a mí me has dado
todo cuanto he deseado
sin haberlo merecido.

(*La INFANTA se levanta y viene a besar la
mano de SAN JORGE.*)

INFANTA.

Caballero, yo no siento
alguna satisfacción
que iguale al merecimiento ;
sólo Dios, con grande aliento,
os quiere dar galardón.
Vamos do mi padre está,
que luego que allá lleguemos
las gracias él os dará
y a la hora mandará
que todos nos bauticemos.

PASTOR.

Hola, ¡au!, no me dejéis
a solas ni tan confuso.

SAN JORGE.

Ven con nosotros, hermano.

PASTOR.

¿Quiere que quite una pieza?
¡Oh, válgame el Soberano!

SAN JORGE.

No, sino tráete en la mano
solamente la cabeza.

PASTOR.

Que me place ; con presura.
¿Quizá me doy mala maña?
Oh, qué mala catadura
y qué terrible figura.
¿No la veis cómo regaña?

(*Vuelven los niños a entrar y salir, tra-
yendo la banqueta y sacando el árbol. La
REINA se sienta llorando y las doncellas tam-
bién lloran. El REY está muy triste.*)

REINA.

¡Oh, cruel rey, que quisiste
que así tu hija muriese!
¡Oh, qué mala ley pusiste!
Dime, ¿por qué consentiste
que yo tal hija perdiese?

REY.

Yo mismo me fui la causa
de mi triste perdición ;
véola clara a la rasa
y el tal dolor me traspasa
con rabia en mi corazón.

(*Entran SAN JORGE y la INFANTA y el PAS-
TOR, que trae al perro.*)

CORO.

Pues que ya el dragón murió,
que San Jorge le ha acabado,
gracias a Dios encarnado.